MUNDO DE LIBROS

Las noches mejicanas

GUSTAVE AIMARD

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Las noches mejicanas

Gustave Aimard

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

LAS

NOCHES MEJICANAS

POR

GUSTAVO AIMARD

TRADUCCIÓN DE

LUIS CALVO

3.a EDICIÓN

TOMO I

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, 91 Y 33

1920

LAS NOCHES MEJICANAS

I

LAS CUMBRES

No existe en el mundo región alguna que ofrezca a los deslumbrados ojos de los viajeros más deliciosas perspectivas que Méjico; sobre todo la de las Cumbres es sin disputa una de las más pasmosas y seductivamente variadas.

Las Cumbres forman una cadena de desfiladeros a la salida de las montañas, al través de las cuales y describiendo infinitas sinuosidades serpentea el camino que conduce a Puebla de los Ángeles, así apellidada por haber los ángeles, según la tradición, labrado la catedral de la misma. El camino a que nos referimos, construido por los españoles, desciende por la vertiente de las montañas formando ángulos sumamente atrevidos, y está flanqueado a derecha y a izquierda por una no interrumpida serie de empinadas aristas anegadas en azulado vapor. A cada recodo de dicho camino, suspendido, por decirlo así, sobre precipicios cubiertos de exuberante vegetación, cambia la perspectiva y se hace cada vez más pintoresca; las cimas de las montañas no se elevan una tras otra, sino que van siendo gradualmente más bajas, mientras las que quedan a la espalda se yerguen perpendicularmente.

Poco más o menos a las cuatro de la tarde del 2 de julio de 18..., en el instante en que el sol, ya bajo en el horizonte, no difundía sino rayos oblicuos sobre la tierra, calcinada por el calor del mediodía, y en que

la brisa al levantarse empezaba a refrescar la abrasada atmósfera, dos viajeros, perfectamente montados, salieron de un frondoso bosque de yucas, bananos y bambúes de purpúreos penachos y se internaron en una polvorosa, larga y escalonada senda que afluía a un valle cruzado por límpido arroyo que se deslizaba al través de la hierba y conservaba fresco el ambiente.

Los viajeros, probablemente seducidos por el aspecto imprevisto de la perspectiva grandiosa que tan de improviso se ofrecía a sus ojos, detuvieron a sus cabalgaduras, y después de contemplar con admiración y por espacio de algunos minutos las pintorescas ondulaciones que en último término ofrecían las montañas, echaron pie a tierra, quitaron las bridas a sus respectivos caballos y se sentaron en la margen del arroyo con el objeto evidente de gozar, por unos instantes más, de los efectos de aquel admirable caleidoscopio, sin par en el mundo.

A juzgar por la dirección que seguían, los mencionados jinetes parecían venir de Orizaba y encaminarse hacia Puebla de los Ángeles, de cuya ciudad, por otra parte, no se encontraban muy lejos en aquel entonces.

Los dos jinetes que decimos vestían el traje de los ricos propietarios de haciendas, traje que hemos descrito con sobrada frecuencia para que aquí lo hagamos de nuevo; sólo haremos notar una particularidad característica reclamada por la poca seguridad que ofrecían los caminos en la época en que pasa la presente historia: ambos iban armados por modo formidable y llevaban consigo un verdadero arsenal; además de los revólveres de seis tiros metidos en sus respectivas fundas, llevaban otros idénticos al cinto, y empuñaban

sendos fusiles de dos cañones fabricados por Devisme, el célebre armero parisiense, lo que hacía subir a veintiséis los tiros que cada uno podía disparar; esto sin contar el machete que pendía de su costado izquierdo, el cuchillo triangular que llevaban escondido en su bota derecha y el lazo o reata de cuero, colgado de la silla, a la que estaba fuertemente sujetado por una anilla de hierro cuidadosamente remachada.

Indudable era que de estar dotados de un poco de valor, a aquellos hombres les era fácil resistir sin desventaja a un número considerable de enemigos.

Por lo demás, a los dos viajeros parecía no preocuparles el aspecto agreste y solitario del sitio en que se encontraban, sino que departían alegremente semitendidos sobre la hierba y fumaban con indolencia sendos puros de la Habana.

El jinete de más edad, que frisaba con los cuarenta y cinco, si bien aparentaba a lo más alcanzar a los treinta y seis, era de estatura más que mediana, elegante, bien formado, de miembros robustos, trasunto de gran fuerza corporal, facciones abultadas y fisonomía enérgica e inteligente; tenía los ojos negros, vivos, movedizos y de mirar suave, sin embargo de lo cual de tiempo en tiempo y cuando se animaban despedían rayos que imprimían a su rostro una expresión dura y salvaje imposible de expresar; tenía la frente ancha y elevada y sensual la boca; le caía sobre el pecho, espesa y negra como la del etíope, la barba, entre cuyos pelos lucían algunas hebras de plata; la cabellera, abundosa, la llevaba echada hacia atrás y le inundaba los hombros, y su curtido cutis ostentaba el color del ladrillo; en una palabra: a juzgar por la apariencia era uno de esos hombres resueltos,

inapreciables en las circunstancias críticas por la confianza que de no verse abandonados por ellos inspiran. Aunque era imposible determinar su nacionalidad, sus movimientos rápidos y sacudidos y su hablar animado, lacónico y salpicado de imágenes, parecían asignarle un origen meridional.

Su compañero, buena cosa más joven, pues no tenía más allá de veinticinco a veintiocho años, era alto, un tanto delgado y de aspecto no enfermizo, pero sí delicado; era elegante y bien formado y de pies y manos que por lo pequeños proclamaban su origen; tenía hermosas las facciones, simpática e inteligente la fisonomía, en la que llevaba impresa una profunda expresión de dulcedumbre, y sus azules ojos, rubia cabellera, y sobre todo la blancura de su cutis, le daban en continente a conocer por europeo de los climas templados recientemente desembarcado en América.

Hemos manifestado que los dos viajeros departían amigablemente, pero no que lo hiciesen en francés, su lengua materna indudablemente a juzgar por el giro de las frases y la pureza en el decir que empleaban.

--Sea V. franco, señor conde, dijo él de más edad, ¿siente haber seguido mi consejo y emprendido este viaje a caballo en compañía de éste su servidor, en lugar de verse traqueado por caminos detestables?

--Muy descontentadizo sería, respondió el joven a quien acababan de dar el tratamiento de conde; he recorrido Suiza, Italia y las márgenes del Rhin, y confieso que nunca he presenciado las deliciosas perspectivas que de algunos días a esta parte y gracias a V. tengo el placer de presenciar.

--Está V. amabilísimo; el paisaje es magnífico en efecto y sobre todo

muy variado, añadió el primero con expresión sardónica que pasó inadvertida a su compañero; sin embargo, continuó, ahogando un suspiro, los he visto más hermosos.

--¿Más hermosos que éste? preguntó el conde extendiendo el brazo y trazando un semicírculo en el aire; no es posible, caballero.

--Todavía es V. joven, señor conde, repuso el primer interlocutor sonriendo tristemente; los viajes que ha hecho V. como aficionado no son sino viajes de niño. Éste le cautiva por el contraste que forma con los otros; V., que sólo ha estudiado la naturaleza desde las butacas de la ópera, ignoraba que ésta pudiese reservarle tales sorpresas, y de ahí que su entusiasmo haya de repente subido a un diapasón que le embriaga al contemplar los singulares contrastes que incesantemente se ofrecen a sus miradas; pero si, como yo, hubiese V. recorrido las altas sabanas del interior, las inmensas praderas por las que vagan en libertad los salvajes hijos de esta tierra, a quienes la civilización ha despojado, los sitios que le rodean y que con tanto amor está admirando no le inspirarían sino una sonrisa de desdén.

--Tal vez sea verdad lo que V. dice, Oliverio, contestó el joven; pero por desgracia no conozco las sabanas y las praderas de que me habla y es probable que nunca las pise.

--¿Por qué? replicó con viveza Oliverio; es usted joven, rico, vigoroso y a mi ver completamente libre; luego nada se opone a que lleve a cabo una excursión al gran desierto americano, máxime cuando para poner en ejecución este proyecto trae V. cuanto se necesita. De hacerlo, habrá V. efectuado uno de esos viajes juzgados imposibles y del cual podrá enorgullecerse al regresar a su patria.

--Bien lo quisiera, repuso el conde con ligera amargura; pero por

desgracia mi viaje debe terminar en Méjico.

--¡En Méjico! exclamó Oliverio con admiración.

--Sí; sujeto al influjo de una voluntad extraña, no soy dueño de mis acciones. He venido pura y sencillamente para casarme.

--¡Qué! ¿para casarse ha venido V. a Méjico, señor conde? repuso Oliverio como quien ve visiones.

--Y de un modo prosaico, con una mujer a quien no conozco ni me conoce y que de fijo siente por mí tan poco amor como yo siento por ella; estamos emparentados, desde la cuna nos desposaron, y ha llegado el momento de cumplir la promesa hecha en nuestro nombre por nuestros padres.

--¿Luego es francesa la joven con quien va usted a casar?

--No, es española, y aun diré un sí es no es mejicana.

--¿Pero no es V. francés?

--Y de la Turena, respondió el conde sonriendo.

--Entonces, y dispénseme V. la pregunta, ¿cómo es que...?

--Es lo más natural del mundo; y como la historia no es larga y parece V. dispuesto a escucharla, voy a contársela en dos palabras. V. ya sabe que soy el conde Luis Mahiet del Saulay; mi familia, oriunda de Turena, es una de las más antiguas de esta provincia, tanto, que se remonta a los primeros francos. Según la tradición, uno de mis antepasados fue uno de los leudos del rey Clodoveo, quien le donó en pago de sus grandes y leales servicios vastas praderas rodeadas de sauces de donde tiempo después mi familia tomó su apellido. No le cito a V. este origen movido de necio orgullo, pues aunque noble de

hecho y armado como tal, a Dios gracias me han inculcado ideas de progreso suficientemente latas para conocer lo que vale un título en la época presente y descubrir que la verdadera nobleza reside en absoluto en la elevación de sentimientos. Sin embargo, le he puesto al corriente de estas particularidades referentes a mi familia para que por modo claro comprendiese V. como mis antepasados, que siempre han desempeñado encumbrados destinos en las diversas dinastías que han ocupado el trono de Francia, llegaron a pertenecer a la rama segunda de una familia española en tanto permanecía francesa la rama primogénita. En tiempo de la Liga, los españoles llamados por los partidarios de los Guisas con los cuales se habían aliado contra Enrique IV, a quien no apellidaban todavía rey de Navarra, por largo espacio de tiempo estuvieron encargados de guarnecer la ciudad de París. Dispénseme si desciendo a pormenores que usted tal vez estime ociosos.

--Al contrario, señor conde, repuso Oliverio, me interesan sobremanera; hágame V. el favor de continuar.

--Como decía, prosiguió el joven, el conde del Saulay que vivía en aquel entonces, era fogoso secuaz de los Guisas, amigo íntimo del duque de Mayena, y tenía tres hijos, dos de ellos varones, que servían en las filas del ejército de la Liga, y una hija, camarista de la duquesa de Montpensier, hermana del duque de Mayena. El sitio de París fue largo, y aun levantado para anudarlo de nuevo Felipe IV, el cual acabó por comprar con dinero contante y sonante la ciudad de que desesperaba apoderarse y que le vendió el duque de Brissac, gobernador de la Bastilla por la Liga. Es de advertir que gran número de oficiales del duque de Mendoza, jefe de las tropas españolas, y aun éste mismo, tenían consigo a sus familias. En una palabra, el hijo

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com